

## CAPITULO LXIV.

### El valor de la desesperacion.

**L**a india caribe, esposa del cacique que, aprisionada por los españoles, habia sido enviada á bordo, habia concebido, como he dicho en el capítulo anterior, una pasion vehemente hácia Caonabo.

Reunida con los indios, se acercó al prisionero y habló con él.

Un horrible proyecto cruzó por la imaginacion de la caribe.

—Caonabo, le dijo, un guerrero como tú no debe ser esclavo.

—Mi desdicha lo ha querido.

—¿Y cómo has podido soportar el peso de tus cadenas?

—Porque aún abrigo la esperanza de vengarme de mis opresores.

—Triste esperanza es esa. Oye, Caonabo. Yo te amo; en tus ojos he leído el fuego que hay en tu alma; yo he soñado un hombre como tú para convertirle en mi ídolo; voy á romper tus cadenas, voy á vengarte de tus enemigos.

—¿Qué pretendes?

—A nuestro lado hay treinta indios. Nuestros enemigos son algunos más, pero no importa: en un momento dado, miéntras duermen, los sorprenderemos, los mataremos y los arrojaremos al mar. Dueños de la embarcacion, volveremos á nuestra isla, y allá celebraremos el triunfo.

Esta idea, por lo que tenia de feroz y de astuta, entusiasmó á Caonabo.

—Sí, sí, dijo; destruyamos á nuestros enemigos, sobre todo á su jefe, y poco me importa la muerte.

La india habló á sus compatriotas.

—Nos llevan á la muerte, les dijo. Se han apoderado de nuestros tesoros, y todo lo que nos ofrecen es mentira. Vengaos de vuestros opresores, vengad el honor de vuestros reyes; estad atentos á mis órdenes, y rompiendo las cadenas de Caonabo, mataremos á nuestros enemigos, nos haremos dueños del buque y volveremos á nuestra patria.

Los indios, que temian á los españoles, no ocultaron su miedo.

La amante de Caonabo aguardó.

Antes que á los europeos, faltaron provisiones á los indios.

El hambre comenzó á exasperarlos.

—Faltos de víveres nuestros enemigos, lez dijo, van á matarnos para devorarnos. Destruyámoslos nosotros para satisfacer nuestras necesidades.

Entónces la oyeron con más interes, y resolvieron ayudarle en su empresa.

Llegó el momento en que los tripulantes iban á lanzarse sobre los indios para devorarlos.

Colon los detuvo.

La influencia del almirante les hizo caer en el abatimiento.

Vino la noche, estalló la tempestad.

—Ha llegado la hora de la venganza, exclamó la india.

En medio de la consternacion de los marineros, se dirigió con los indios á donde estaba Caonabo para romper sus cadenas.

Cuantos esfuerzos hacia eran inútiles.

El mismo Caonabo, sediento de libertad y de venganza,

hizo un supremo esfuerzo para sacar sus piés de las cadenas, y lo logró rompiéndose los huesos.

Pero al dar un paso cayó en tierra.

Desesperada su amante, guió á los indios sobre cubierta para sorprender y asesinar á los españoles.

Dieron éstos la voz de alarma, y se prepararon á la defensa.

Aguado fué el primero que cayó en poder de los indios.

Estaba á punto de perecer, cuando, presentándose Colon, le sacó de las garras de los indios y les obligó á huir amedrentados para evitar el castigo.

La amante de Caonabo se vió perdida.

Corrió á refugiarse en donde estaba el indio.

—Por piedad, mátame, le dijo, matame.

La india le estranguló con sus nervudas manos, y volviendo sobre cubierta, se arrojó al agua al mismo tiempo que uno de los soldados, disparando su arcabuz sobre ella, le atravesó el pecho con una bala.

Los indios imploraron perdon.

Aguado estaba avergonzado porque debia la vida al almirante.

Hubiera querido morir ántes de recibir aquel nuevo beneficio del hombre ilustre á quien queria perder.

Colon supo la muerte de Caonabo, y la sintió en extremo.

Sus planes se habian frustrado por completo.

La tempestad se calmó.

Amaneció el dia siguiente, y á aquella escena de horror y de desolacion siguió otra de expansion y alegría.

Las primeras luces del alba mostraron á los tripulantes el cabo de San Vicente.

Colon les habia anunciado que llegarían allí muy en breve.

Pero dudando de su pericia, habian murmurado de él.

El remordimiento les inspiró nueva admiracion hácia aquel

hombre, que conocia tan á fondo los misterios del Océano.

El dia 11 de Junio ancló la *Santa Cruz* en la bahía de Cádiz, y Colon pisó de nuevo aquella tierra hospitalaria, en donde le esperaba la envidia con sus armas afiladas para clavarlas en su reputacion.

No duró mucho la alegría.

La mayor parte de los tripulantes que volvian de la colonia habian salido de la Península con el propósito de hacer fortuna, y despues de algunos años regresaban tan pobres como fueron, y trabajados por las enfermedades, los disgustos y las privaciones que habian sufrido.

Aguado, prometiéndoles su proteccion si coadyuvaban á sus intentos, si desprestigiaban al almirante, los convirtió en otros tantos enemigos de Colon.

Desde el primer momento se empezaron á divulgar entre los que salian á recibirlos noticias desfavorables para su jefe, noticias que corrieron con rapidez por toda la ciudad y trocaron en indiferencia el entusiasmo que en otro tiempo, al regresar por primera vez de las Indias, habia hallado Colon.

Para contrarestar estas versiones, que no tardaron en llegar á sus oidos, se tomó Colon el trabajo de hablar á todos los que se le acercaban de su descubrimiento, anunciando que habia encontrado las minas del antiguo Ofir, refiriéndose á las minas de Hayna.

Como siempre, el primer pensamiento de Colon fué descansar en la Rábida.

En el puerto de Cádiz encontró tres carabelas mandadas por Pedro Alonso Niño, próximas á darse á la vela, con provisiones para la colonia.

Leyó Colon las cartas y despachos de que era portador el capitán de aquellas embarcaciones, y enterándose de este modo de los deseos de los soberanos, escribió á su hermano Bar-

hizo un supremo esfuerzo para sacar sus piés de las cadenas, y lo logró rompiéndose los huesos.

Pero al dar un paso cayó en tierra.

Desesperada su amante, guió á los indios sobre cubierta para sorprender y asesinar á los españoles.

Dieron éstos la voz de alarma, y se prepararon á la defensa.

Aguado fué el primero que cayó en poder de los indios.

Estaba á punto de perecer, cuando, presentándose Colon, le sacó de las garras de los indios y les obligó á huir amedrentados para evitar el castigo.

La amante de Caonabo se vió perdida.

Corrió á refugiarse en donde estaba el indio.

—Por piedad, mátame, le dijo, matame.

La india le estranguló con sus nervudas manos, y volviendo sobre cubierta, se arrojó al agua al mismo tiempo que uno de los soldados, disparando su arcabuz sobre ella, le atravesó el pecho con una bala.

Los indios imploraron perdon.

Aguado estaba avergonzado porque debia la vida al almirante.

Hubiera querido morir ántes de recibir aquel nuevo beneficio del hombre ilustre á quien queria perder.

Colon supo la muerte de Caonabo, y la sintió en extremo. Sus planes se habian frustrado por completo.

La tempestad se calmó.

Amaneció el dia siguiente, y á aquella escena de horror y de desolacion siguió otra de expansion y alegría.

Las primeras luces del alba mostraron á los tripulantes el cabo de San Vicente.

Colon les habia anunciado que llegarían allí muy en breve. Pero dudando de su pericia, habian murmurado de él.

El remordimiento les inspiró nueva admiracion hácia aquel

hombre, que conocia tan á fondo los misterios del Océano.

El dia 11 de Junio ancló la *Santa Cruz* en la bahía de Cádiz, y Colon pisó de nuevo aquella tierra hospitalaria, en donde le esperaba la envidia con sus armas afiladas para clavarlas en su reputacion.

No duró mucho la alegría.

La mayor parte de los tripulantes que volvian de la colonia habian salido de la Península con el propósito de hacer fortuna, y despues de algunos años regresaban tan pobres como fueron, y trabajados por las enfermedades, los disgustos y las privaciones que habian sufrido.

Aguado, prometiéndoles su proteccion si coadyuvaban á sus intentos, si desprestigiaban al almirante, los convirtió en otros tantos enemigos de Colon.

Desde el primer momento se empezaron á divulgar entre los que salian á recibirlos noticias desfavorables para su jefe, noticias que corrieron con rapidez por toda la ciudad y trocaron en indiferencia el entusiasmo que en otro tiempo, al regresar por primera vez de las Indias, habia hallado Colon.

Para contrarestar estas versiones, que no tardaron en llegar á sus oidos, se tomó Colon el trabajo de hablar á todos los que se le acercaban de su descubrimiento, anunciando que habia encontrado las minas del antiguo Ofir, refiriéndose á las minas de Hayna.

Como siempre, el primer pensamiento de Colon fué descansar en la Rábida.

En el puerto de Cádiz encontró tres carabelas mandadas por Pedro Alonso Niño, próximas á darse á la vela, con provisiones para la colonia.

Leyó Colon las cartas y despachos de que era portador el capitán de aquellas embarcaciones, y enterándose de este modo de los deseos de los soberanos, escribió á su hermano Bar-

tolomé, pidiéndole que pacificase por todos los medios posibles la isla, que pusiese en inmediata explotación las minas y que castigase severamente á los indios que atentaran contra la seguridad personal de los colonos.

Convencido de que el verdadero tesoro de la isla era el que Miguel Diaz habia encontrado en las minas de Hayna, mando á Bartolomé que trasladara la colonia á sus inmediaciones y que formase un puerto de mar cerca de aquella parte de la isla, para que fueran hasta él las embarcaciones á recibir el precioso metal.

Aguado, al despedirse de Colon, partió á Sevilla, en donde habló con Scria; éste le dijo dónde se hallaba el obispo Fonseca, y corrió inmediatamente á su encuentro.

Colon dispuso que los indios que habia llevado consigo quedasen en Sevilla, y se dirigió al convento de la Rábida á esperar allí las órdenes de los soberanos.

Una nueva desdicha le esperaba allí.

Fray Juan Perez de Marchena, su protector, su amigo, se hallaba postrado en el lecho, próximo á abandonar para siempre la tierra.

Aún no habia perdido el conocimiento cuando Colon pudo llegar hasta la cabecera de su lecho, besar sus manos y oír su inspirada palabra.

## CAPITULO XLV.

### Consejos de un moribundo

**N**o podia penetrar el almirante en el santuario de Santa María de la Rábida sin conmoverse profundamente.

Mirando desde allí todo su pasado, tenia que dar gracias á la Providencia; porque si bien era verdad que sus desdichas habian sido grandes, tambien era cierto que en los mayores conflictos le habian dado resignacion bastante, fuerza suficiente, para soportar los rigores de la desgracia, y encontrar en el fondo de su corazon fe y esperanza para sí; caridad para sus enemigos.

Aquel Santuario habia albergado su pobreza, habia sido el espacio donde habia respirado la atmósfera de la virtud, de la ciencia, del amor á Dios, su hijo querido Diego.

Allí, en aquellos silenciosos claustros, habia confiado sus planes á fray Juan Perez de Marchena, habia escuchado sus consejos y su estímulo, y habia alimentado las esperanzas que, al convertirse en realidad, al mismo tiempo que la corona de la gloria, ceñia á sus sienes la corona del martirio.

¡De cuán distinta manera habia entrado por aquellas puertas en las diferentes épocas de su vida que habia pasado sus umbrales!

La primera vez le acompañaba la miseria.

La segunda la gloria.